



NAVIDAD

Y

J.

LA

G
u
i
l
l
e
t

ESPERA

DE

LA

JUSTICIA

Escrito hace años, este estudio que presentamos ligeramente condensado, sigue manteniendo su interés, y puede ayudarnos a reflexionar en la cercana Navidad. La traducción española del trabajo íntegro aparece en el libro: Jesucristo Ayer y Hoy, Madrid, 1971 [2da. edición].

Rorate, caeli desuper! "¡Cielos, regad como rocío la justicia!" Esta espera de Isaías, que llena la liturgia del Adviento, ¿puede decirse que la Navidad la haya cumplido? ¿Verdaderamente trae Jesucristo la justicia a la tierra? ¿La justicia en que soñaron los profetas y de la que tanto necesitan hoy los hombres: una justicia que venga a poner fin a la injusticias que sufren? ¿Qué justicia es la que Cristo trae al mundo?. Antes de abordar el Evangelio, y para mejor captar su originalidad, es muy útil conocer el Antiguo Testamento.

1. El alma de Israel y la Justicia.

La idea de justicia es fundamental en el alma israelita. Si coincide en más de un punto con el concepto corriente que hoy tenemos, no lo cubre exactamente. Tres elementos esenciales parecen concurrir a expresarlo: la justicia es una condición de la comunidad social, en la que vive a gusto en la prosperidad y la paz; esta justicia, que es el bien de todos, supone que cada uno en la comunidad ve reconocido y respetado su derecho; este reconocimiento del derecho de los demás supone en el corazón de cada uno la conciencia de un deber de fidelidad y solidaridad fraternal con los demás.

La justicia no se define, en primer lugar, por la forma en que cada uno recibe lo que le es debido, sino por la prosperidad y armonía de la comunidad. Así, la relación entre la justicia y la paz es inmediata: la paz no es solamente la consecuencia y signo de la justicia, es la realización y su desarrollo espontáneo y normal. Si los jefes de Israel llevan el título de Jueces, no es solamente porque una de sus prerrogativas esenciales es la de hacer justicia y decidir los pleitos, sino porque su actuación total se definía por esta sola palabra: asegurar la justicia, o sea, defender a su pueblo contra las violencias intestinas y las amenazas del extranjero.

La justicia y la paz suponen que a cada uno se le reconoce su derecho. El lenguaje de la Biblia, cuando se trata del derecho, está pleno de significación. No emplea el vocablo "derecho" más que tratándose de pobres y desgraciados. Sin duda, reconoce al propietario el derecho a disfrutar lo que posee, puesto que un artículo del Decálogo, ley fundamental, condena el robo y hasta la codicia (Ex. 20:15-17). Concretamente siempre que la Biblia trata del derecho, es siempre del derecho amenazado o violado, el del pobre. La viuda, el huérfano, el pobre, el extranjero, son siempre de quienes se trata de hacer conocer su derecho, o sea, los que no están en estado de hacerlo prevalecer. Que ese derecho sea violado es señal de que la sociedad está basada en la injusticia (Ex. 23:6; 1s. 1:17; 5:23; 10:2). El culpable mismo puede recobrar

su derecho, puesto que se encuentra, aunque sea por sus pecados, reducido a la miseria. Así Israel, víctima de sus enemigos y castigado por Dios, recobra al fin el derecho de reclamar a Dios el derecho que le dan sus sufrimientos (*Miq. 7:9; Is. 40:27; 49:4*).

Ahora bien, para que ese derecho del pobre sea reconocido y reine la justicia, es preciso que el tumulto de los negocios y placeres no domine la voz de los que no pueden contar con la fuerza para imponerlo. Eso supone en los miembros de la comunidad social una reacción constante contra su egoísmo natural, una atención constante a los demás y a sus necesidades. El pueblo de Israel tiene un concepto muy firme de las actividades y disposiciones sobre las que descansa una sociedad justa. No basta una palabra para expresar las todas, pero bajo las diversas fórmulas se dibuja un ideal bien definido: de lealtad hacia los demás, de fidelidad a los lazos que unen al hombre a sus parientes, a sus amigos, sus compatriotas, sus compañeros de trabajo y fatigas, hasta al extranjero llegado a solicitar asilo a su país; de una conciencia siempre atenta a tratar a los más humildes, no solamente con respeto, sino con confianza.

2. La Justicia y la Alianza.

Esta justicia en que sueña Israel, con ese sentido fraternal de los otros que ella supone, es a la vez un don muy humano, la exigencia espontánea de una conciencia recta y el fruto de una iniciativa divina. El ideal israelita de la justicia es el de una comunidad humana con los que viven en su tierra en un estado social nacido de una historia y una experiencia humana, pero también el de un pueblo nacido de gestos de Dios y destinado a realizar los proyectos de Dios. Toda comunidad humana descansa sobre un ideal de justicia. En Israel, cualidades nativas, experiencias adquiridas y pedagogía divina se unen para dar al sentido de la justicia una fisonomía característica.

Una palabra resume la situación propia de Israel: la alianza. Todos los pueblos se apoyan si no sobre un contrato

social, a lo Rousseau, al menos sobre un estado de hecho aceptado por la comunidad y estableciendo su derecho. En la base de la existencia de Israel existe igualmente un antecedente jurídico, un contrato, pero un contrato de naturaleza única: la alianza de Dios con su pueblo. Dios, por una iniciativa soberana y gratuita, se ha comprometido a tomar a su cargo la existencia y el porvenir de su pueblo, a asegurarle esa justicia que todos sus vecinos esperan de sus "jueces", o sea, de sus jefes y de sus príncipes. Promesa magnífica: si Dios protege a Israel, ¿quién osará perjudicarlo? Fuerzas de la Naturaleza, potencias humanas, nada prevalecerá contra él, con tal que permanezca fiel a la alianza de su Dios.

Ahora bien, ese Dios es un Dios de justicia. Los pueblos han soñado siempre con un príncipe capaz de adivinar las miserias de sus súbditos, de descender a la sórdida choza y traer la felicidad. Nunca pasa de ser un buen tema para cuento de hadas. En Israel es una creencia asegurada y fundada sobre los hechos más comprobados. El Dios de Israel es aquel cuyo oído discierne la voz que no entienden los hombres, absorbidos por sus negocios y sus instintos: el lamento apenas sensible que exhala el pobre. El mundo en su ruido pasa junto a esta miseria sin verla, demasiado ocupado para entenderla, demasiado aprisa para detenerse. Dios presta su oído a esos lamentos.

Que no se trata de un bello sueño para consuelo de almas piadosas, lo prueba que los documentos que describen ese Dios atento a la miseria no son súplicas, sino textos despojados de toda exaltación sentimental: textos legislativos, artículos de código. Y prueba de que esta creencia en el sentido divino de la justicia era tomada en serio es que constituye el argumento sobre el que la ley fundamenta su imperio; que el israelita sepa escuchar la voz del pobre, pues Dios no la dejará perderse y hará expiar su egoísmo al que no supo entenderla:

Ni oprimirás ni vejarás al emigrante, porque emigrantes fueron ustedes en Egipto.

No explotarás a viudas ni a huérfanos, porque si los explotas y ellos gritan a mí, yo les escucharé...

Si tomas en prenda la capa de tu prójimo, se la devolverás antes de ponerse el sol, porque no tiene otro vestido para cubrir su cuerpo y

para acostarse. Si grita a mí yo le escucharé, porque yo soy compasivo. (Ex. 22:20-26).

Este Dios justo se empeña en asegurar a su pueblo una justicia a su divina medida, un estado de armonía y de paz, de que ningún régimen político es capaz en la tierra. Esas son las promesas del Deuteronomio. A pesar de sus apariencias, no son quiméricas, suponen cumplidas las condiciones de la alianza; suponen que reina en los corazones un sentido inquebrantable de justicia, una conciencia a prueba de tentaciones. La ley estaba destinada a formar esa conciencia.

3. Los Profetas, contra la injusticia.

Pero la ley es violada constantemente: La tarea de los profetas fue recordar a un pueblo siempre tentado a olvidar la las condiciones de la alianza. Creerse el pueblo de Dios sin obedecer su ley; glorificarse por las maravillas del Sinaí sin poner en práctica los mandatos que allí recibió Israel es una ilusión. Si Dios ha escogido un pueblo aparte, es porque espera algo de él. Maldición sobre él si esa esperanza es burlada.

Es una ilusión semejante confiarse solamente al culto como medio de encontrar a Dios. No hay sacrificio válido para Israel fuera del régimen de la alianza, no hay existencia susceptible de ser consagrada a Dios sino en la fidelidad a la Ley. ¿Cómo el Dios justo consentiría tomar a su cargo las injusticias de los hombres?. Así los profetas no dejan de advertir a las gentes que se agolpan ante los altares:

Retiren de mi presencia al barullo de los cantos,
no quiero oír la música de la cítara;
que fluya como agua el derecho
y la justicia como arroyo perenne. (Am. 5:23-24).

¿Qué me importa el número de sus sacrificios? -dice el Señor-.
Estoy harto de holocaustos de carneros, de grasa de cebones...
No me traigan más dones vacíos, más incienso execrable...
Cuando extienden las manos, cierro los ojos;
aunque multipliquen las plegarias, no los escucharé.
Sus manos están llenas de sangre.
Lávense, purifíquense, aparten de mi vista sus malas acciones.
Cesen de obrar mal, aprendan a obrar bien;
busquen el derecho, enderecen al oprimido;
defiendan al huérfano, protejan a la viuda. (Is. 1:11-17).

La desgracia del pueblo elegido, la ruina de la ciudad santa, la deportación a la tierra pagana fueron la prueba de que los profetas dijeron la verdad: las injusticias de Israel recaerían sobre su cabeza. Una ciudad levantada sobre la injusticia está condenada a sucumbir, pero un pueblo que traiciona la alianza del Dios de justicia está condenado a terrible perdición: el castigo de Israel no tiene ejem
plo. Por todos los siglos la cautividad de Babilonia es la prueba terrible de que Dios toma en serio la injusticia.

4. La Espera en la Justicia de Dios.

El Dios de justicia no puede, pues, contentarse con aniquilar la injusticia: debe, so pena de renunciar a su obra, hacer reinar la justicia. Los profetas, al reiterar a Israel que su injusticia causaría su ruina, anunciaron siem
pre sobre los escombros de la ciudad saqueada Dios insta
uría una nueva Jerusalén, llamada con nuevo nombre: "Ciudad Justicia, Ciudad Leal" (Is. 1:26). En la angustia del exilio, a la hora en que su Dios parece abandonarle, Israel recuerda sus faltas y siente madurar la lección de los profetas. Se afirma en él la certidumbre de que Dios prepara en el mundo una intervención inaudita, pero que permanecerá, sin embargo, en la línea constante de los gestos divinos: será una revelación de justicia.

En la espera de esta nueva justicia se mezclan numerosos elementos, unos heredados del pasado o de experiencias recientes, otros emergiendo apenas en la conciencia. Será una justicia hecha a Israel: no es que sus injusticias no le hayan hecho merecer su desgracia, pero ¿no es la desgracia lo que otorga un derecho sobre Dios? Será una justicia que Dios se hará a Sí mismo, pues su honor está empeñado en la suerte de su pueblo, y, si ha querido probar que no tolera
ría la injusticia, rematará su triunfo sobre la injusticia, demostrando que la justicia es capaz de existir y reinar. Será una justicia de Dios, pues los hombres han dado la prueba de su impotencia para asegurar la justicia, y será, sin embargo, una justicia de hombres, pues se realizará en la tierra, en los campos y en las ciudades, en los hogares

y en los tribunales. Será una justicia que instaurará la paz en una ciudad regenerada, y será una justicia que penetrará las almas y las renovará en la fidelidad interior. Será preciso, para que esta justicia se establezca en nuestro mundo, que Dios cambie el corazón del hombre y que haga brotar en él, del fondo de su egoísmo, un manantial de desinterés y bondad, una efusión en él de la generosidad divina, la fecundidad del Espíritu Santo. Tal es, en su radicalidad, la espera en la justicia que vive el Antiguo Testamento; la que inspira sus voces más puras y que la Iglesia reanuda la víspera de Navidad, en los últimos días del Adviento:

Cielos, destilen el rocío; nubes, derramen la victoria;
ábrase la tierra y brote la salvación,
y con ella germine la justicia:
yo, el Señor, lo he creado. (Is. 45:8).

La salvación está ya cerca de sus fieles
y la gloria habitará en nuestra tierra;
la lealtad y la fidelidad se encuentran,
la justicia y la paz se besan;
la fidelidad brota de la tierra
y la justicia mira desde el cielo. (Sal 85:10-12).

5. La Paradoja de Navidad.

Navidad es la realización de esta espera, el advenimiento de la justicia prometida por Dios. Sin la sombra de una duda la Iglesia se maravilla de encontrar en ella realizada la profecía:

Porque un niño nos ha nacido, nos han traído un hijo:
lleva el cetro del principado y se llama
Milagro de Consejero, Guerrero divino,
jefe perpetuo, Príncipe de la Paz. (Is. 9:5-6).

Esta admiración plantea un problema, y el contraste entre el esplendor de la esperanza y la pequeñez de la realización replantea con insistencia la paradoja del Evangelio. Porque no es tan fácil ver cómo responde Navidad a la espera de la justicia, tal como la ha alimentado el Antiguo Testamento. Lejos de señalar la Navidad el advenimiento de la justicia en la tierra, parece, al contrario, consagrar definitivamente la injusticia. Hay pocos ejemplos donde el derecho del mísero, esa adquisición esencial de la conciencia de Israel, haya sido escarnecida más cínicamente. Que la Virgen María, dado su estado, no encuentre sitio en Belén, ciudad

de su familia, excede del nivel común de la dureza humana. Que el canto de los ángeles en los cielos "Paz en la tierra" evoque con magnificencia la visión del salmo 85, hace más angustiosa la pregunta: ¿verdaderamente apareció aquella no che el alba de la justicia prometida?.

La paradoja de Navidad es el escándalo del Evangelio. A muchos de los que buscan con sinceridad la justicia, Navidad, como las Bienaventuranzas, viene a ser una ilusión, una evasión. La espera tan intensa del Antiguo Testamento les parece derivar en una aceptación fácil. Durante siglos los legisladores y los profetas de Israel se han alzado contra la injusticia, se han enfrentado a los ricos y poderosos, han vivido en la certidumbre de que vendría un día en que Dios pondría fin a esos pecados. ¿Es verdaderamente Jesús su heredero? Su heredero auténtico es Juan Bautista, que muere por enfrentarse a los pecados de la corte de Herodes. Pero Jesús es de otro espíritu. Ni su sinceridad ni su nobleza se ponen en duda, pero ¿no es preciso reconocer que su Evangelio acepta la injusticia y que no tiene nada que decir a los hombres que se consagraron al advenimiento de una justicia humana?.

Estas reacciones son evidentemente inaceptables, pero ¿sabemos siempre defendernos de ellas?. Porque traducen una dificultad real, es muy verdad que ciertos acentos proféticos, ciertos acentos de indignación y pasión, parecen perder en el Evangelio una gran parte de su fuerza. ¿Habría que considerarlos como actitudes groseras que hay que afirmar, como preparaciones aún lejanas al hambre y sed de justicia perfecta e interior a que apuntan las Bienaventuranzas?. O por el contrario, ¿hay que interpretar las fórmulas evangélicas, empalagadas por siglos de edulcoración, con el alma apasionada de los profetas, con la voluntad decidida de realizar concretamente las Bienaventuranzas?.

La verdad no puede estar en una actitud intermedia que intentara evitar los extremos reduciendo los riesgos de ambas posiciones. Está, como todas las soluciones verdaderamente cristianas, en la aceptación integral de todos los datos bíblicos y evangélicos. Aquí, como en todos los dominios, Jesucristo no ha venido a abolir, sino a perfeccionar. Dos

ejemplos parecen capaces de iluminar la relación del Antiguo Testamento con el Nuevo sobre los puntos en cuestión: las relaciones de la justicia evangélica con el culto y la actitud que supone hacia el pobre.

6. Justicia Evangélica y Culto.

"Si vuestra justicia no supera la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos" (Mt.5,20). Ahora bien, la justicia de los escribas consistía lo primero en observar la Ley en todo su rigor. De hecho los ejemplos que pone Jesús para revelar el alcance de sus exigencias no son tomados de minucias de casuístas, sino de los artículos fundamentales de la Ley, del Decálogo y, en particular, de los preceptos que conciernen a las relaciones con los demás: no matarás, no cometerás adulterio. Es evidente que Jesús no intenta rebatir las preocupaciones de justicia de la Ley, de su solicitud por el pobre. Querer hacer sobre este extremo al Evangelio más indulgente que la Ley es traicionarle. Por el contrario, todo el Evangelio concurre a demostrar que lo esencial de la Ley está en la atención inseparable dada a Dios y a los hombres. La fórmula de San Mateo: "Sed perfectos como vuestro Padre el cielo es perfecto" (Mt.5,48), es precisada por San Lucas en términos significativos: "Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso" (Lc.6, 36). Aun la traducción "misericordioso" es equívoca, pues sugiere demasiado la piedad provocada por un caso muy doloroso, la palabra no tiene todo su sentido sino en la tradición bíblica; indica ese amor profundo a los otros, infinitamente más vasto que la misericordia, que nos hace tomar parte personalmente en sus sufrimientos y en sus alegrías como si fue sen de nuestra misma sangre. Si no estamos aquí dentro del vocabulario de la justicia, no es porque el Evangelio se desinterese de ella, sino que, fiel a la línea del Antiguo Testamento, no ve justicia realizable sin una actitud profunda del corazón.

No solamente el Evangelio supone la Ley y sus exigencias de justicia, sino que dice expresamente:

¡Ay de ustedes, letrados y fariseos hipócritas, que pagan el diezmo de la hierbabuena, del anís y del

comino y descuidan lo más grave de la Ley: la justicia, el buen corazón y la lealtad! (Mt. 23:23).

Ese es el mismo acento de los profetas y exactamente su doctrina: las prácticas son vanas si falta lo esencial de la Ley, y si la evocación de los castigos anunciados al pueblo culpable nos parece más impresionante en un Jeremías que en la palabra sencilla del Evangelio, es que nuestra ligereza no ha reflexionado, que todo el horror de los castigos descritos por el Antiguo Testamento no es sino una pálida imagen de la maldición pronunciada por Jesús.

Igualmente es necesario el recuerdo de los profetas para descubrir el sentido extraordinariamente fuerte de una frase del sermón de la montaña, aparentemente inofensiva:

Si yendo a presentar tu ofrenda al altar,
te acuerdas allí de que tu hermano tiene algo contra tí,
deja tu ofrenda allí, ante el altar, y ve primero a
reconciliarte con tu hermano; vuelve entonces y presenta
tu ofrenda (Mt. 5:23-24).

Estamos lejos, se dirá, de las voces vengadoras de un Amós o de un Isaías apartando de los sacrificios a los presentes culpables de injusticias. Pero si sabemos leer la frase evangélica, sin grito de voces, pero con seguridad inflexible, veremos que nos lleva más allá de todos los profetas. No solamente, como se advierte en seguida, porque en el caso de un culpable de injusticia ella sustituye el caso del hombre que, por la razón que sea, es separado de su hermano por una disputa. Pero además, y esto se advierte con menos frecuencia, porque no se trata aquí de un consejo describiendo una orden urgente y realizando la unión fraternal antes del sacrificio, sino de una situación idéntica a la que apuntaban los profetas: las condiciones de acceso al culto. Bajo el régimen de la alianza, como se ve, no hay posible encuentro con Dios para aquellos que con menosprecio de la Ley viven en la injusticia. Sus gestos ante el altar son ultrajes que sublevan a Dios. La interpretación evangélica establece explícitamente bajo rigurosas condiciones las perspectivas proféticas: es inútil pretender tener acceso a Dios mediante el culto mientras se está separado del hermano. No es por un azar o un detalle sin importancia el que dos veces el evangelio de San Mateo ponga en labios de Jesús la condenación de Oseas: "Quiero misericordia y no sa-

crificio" (04 6:6; Mt. 9:13; 12:7).

El Sermón de la montaña aún tiene fija su mirada en el Antiguo Testamento, y se refiere constantemente a sus fórmulas para dar la interpretación auténtica. Pero el centro del Evangelio es la nueva alianza, por la que Jesucristo la víspera de su muerte dio a los suyos el sentido de su Pasión y de toda la existencia cristiana. Ahora bien, la nueva alianza, con un vocabulario enteramente evangélico y sin referencia directa a los detalles del Antiguo Testamento, comporta, como la del Sinaí, sus condiciones y sus obligaciones propias: "Que se amen los unos a los otros como yo les he amado". La tentación de Israel fue descansar sobre su historia, como si las maravillas con que Dios antaño había colmado a su pueblo le garantizase la salud; fue confiarse a su culto y a su Templo, instituciones divinas donde pensaba encontrar acceso infalible a Dios. Pero ni su historia ni su culto tenían valor sin la fidelidad a la Ley y a la justicia que imponía a los hombres. Así sucede con el cristiano. También él es tentado de asegurarse con el Evangelio y el pasado de la Iglesia en las maravillas de la generosidad divina. También él cree salvarse en un sistema sacramental donde está seguro de encontrar la gracia de Dios. También él se equivoca si se olvida del contrato de la alianza en el que entró: amense los unos a los otros. Ni la existencia de Jesús, ni la eficacia de los sacramentos, pueden dispensarle de esa felicidad. ¡Desdichado si, por el contrario, se cree justificado por haber heredado una tradición y un conjunto de prácticas! Tanto como se desvían los cristianos, seducidos por el ardor de las comuniones humanas que piensan encontrar la caridad sin recibir birla de los sacramentos de Cristo, otro tanto es ilusorio imaginarse vivir de los sacramentos si se viola la ley de la caridad. No es caridad cristiana la que nutre de la Eucaristía y no se desarrolla en la Eucaristía, acción de gracias de la Iglesia reunida. Pero pretender acceso a la Eucaristía rehusando la caridad es profanar el sacrificio de Jesucristo.

7. El Evangelio y el Pobre.

Cristianismo es igual a caridad: aquí estamos de vuelta y de nuevo cara a la pregunta y al reproche de tantas gentes:

"¿Qué han hecho de la justicia, de esa justicia por la que murieron los profetas?. Están ustedes seguramente en la línea del Evangelio, pero nos confirman en nuestra repulsa y en su motivo: traicionan al pobre al decirle bienaventurado".

Para ver claro en esta dificultad que es seguramente seria y justificada por multitud de ejemplos, es necesario, aun aquí, mirar de cerca el Evangelio y la manera en que él se relaciona con el Antiguo Testamento. Este, como se ha visto, fundaba la justicia en la atención concedida al pobre. Allí donde se pierde el grito del desgraciado, la comunidad vive en la injusticia. A esta exigencia el Evangelio no le quita nada. Es verdad que proclama dichosos a los pobres y hambrientos, o sea, justamente a aquellos a quienes la miseria y el sufrimiento reducen a quejas y lamentos. Pero si Jesús proclama su bienaventuranza, es porque el Reino de Dios está próximo, y que al fin va a manifestarse este Dios cuyo oído recoge todos los lamentos del mundo. Dios viene a reconocer a los suyos, que son aquellos cuya voz perdida en el tumulto del mundo en marcha El aguardaba. Si les ha sido anunciada la felicidad, es porque al fin su llamada ha sido escuchada y la respuesta les llega.

¿Quiere decir que ha cambiado el mundo? Sí y no. No porque la miseria y la injusticia permanecerán y a menudo se harán más agobiantes muchos siglos después del Evangelio. Sí, en cambio, en la medida en que a través de los cristianos resplandece la caridad de Dios en Jesucristo. Las Bienaventuranzas no son verdaderas más que en el Evangelio, y allí donde el Evangelio se toma a la letra. Donde no reina Dios, el pobre no es más que un desecho, pero en la zona cuyas fronteras sólo Dios conoce, donde la caridad de Dios es realmente activa, se puede decir que el pobre es dichoso, pues adivina en la forma en que es tratado por los hombres lo que el corazón de Dios es para sus hijos. El pobre a quien el pan que recibe no lleva la alegría, es que no le ha alcanzado aún el Reino de Dios. Inversamente podría, sin duda, tomarse este signo por criterio: si hay en el mundo pobres y afligidos que han descubierto en su miseria la alegría de ver a sus hermanos consolarles y saciarles, es porque la caridad de Jesucristo se ha abierto camino hasta ellos.

Tengamos cuidado: el pobre no es dichoso por ser pobre, sino por ver abrirse el Reino de Dios; el hambriento no es dichoso por su hambre, sino por la caridad que la sacia. Las bienaventuranzas no pueden, pues autorizar al cristiano a resignarse a la miseria de los hombres; por el contrario, le obligan a un esfuerzo constante para probar que son verdaderas haciendo presentir por sus gestos la generosidad de Dios. Cuando Jesús pronunciaba las Bienaventuranzas no las anuncia realmente más que cuando su caridad resplandece en el mundo como un signo de la presencia divina. Se repite que el pobre representa a Jesucristo, pero hay que pensar lo que se dice: el pobre no representa en verdad a Jesucristo para el cristiano si no se decide a vestirle, alimentarle y visitarle. Invocar el Evangelio para dejar al pobre en la miseria es una ilusión reprochable; es verdad que el pobre, abandonado, desnudo y hambriento, es aún Jesucristo, pero es Jesucristo haciendo recaer sobre la injusticia, la indignación del pobre y el peso de la cólera divina.

8. El Dios Pobre y el Dios Justo.

El Dios del Sinaí y de los profetas es el Dios de los pobres, el Dios que nace en Navidad es el Dios pobre. Este encuentro entre Dios y la pobreza no es ni capricho ni pura compasión. Por lo mismo que nos es permitido explorar los secretos del corazón de Dios, hay que reconocer que existe entre Dios y la pobreza una misteriosa intimidad. El pobre es sobre la tierra una de las revelaciones más expresivas del rostro divino, y todo nos fuerza a creer que el Dios que abre a los suyos las riquezas de su gloria guarda en su esplendor un aire de parentesco con el pobre. Es este un dato fundamental de la Biblia y del Evangelio.

Pero sería falsear enteramente esta revelación, separarla por poco que fuese de la exigencia igualmente imperiosa, igualmente divina, de la justicia. El Dios pobre es también el Dios justo, el Dios de justicia. Esto es evidente en el Antiguo Testamento: si Dios es justo, es porque está junto al pobre, sensible a todas las angustias, sublevado por todas las injusticias. El Evangelio no es menos categó-

rico: el Hijo de Dios nace en un pesebre, morirá víctima de una sentencia injusta, pero eso no quiere decir, ni tolerar por nada del mundo, ni excusar la injusticia. Por el contrario, viene a revelar a los hombres hasta qué profundidades su injusticia ha corrompido sus corazones, y los crímenes de que son responsables, la pasión por el dinero y el poder: hasta entregar al Hijo de Dios, la misma inocencia. En el fondo de toda injusticia, de toda riqueza mal adquirida, está el rostro sangriento del Crucificado. Quién le ha contemplado verdaderamente una vez no puede consentir nunca más la injusticia, no puede sino encontrar en ello una energía inagotable para luchar contra ella. Lejos, pues, de permitir olvidar al Dios justo, el Dios que nace en la desnudez de Navidad nos obliga a poner al servicio de la justicia todas las potencias del amor. Si Navidad es el advenimiento de la justicia, es porque por su hijo Jesucristo, el Padre nos da a la vez lo que no cesa de hacernos escuchar la voz de la miseria: el Hijo del hombre y aquel que solo es capaz de ha-cérnosla entender y responder a ella: el Espíritu Santo.



Va saben lo generoso que fue Nuestro Señor, Jesús el Mesías: siendo rico, se hizo pobre por ustedes para enriquecerlos con su pobreza.

2 Cor. 8,9-10.